

NUESTRA COLABORACION

RECUERDOS

Sentados sobre las mantas que descansaban en el suelo, bajo la tienda de lona; varios oficiales, ya veteranos en la campaña, se entretenían en conversar amistosamente, al mismo tiempo que iban consumiendo una botella de excelente ron de Jamaica.

El día fué de los más reñidos; la columna sorprendió á los insurrectos en las primeras horas de la mañana; durante mucho tiempo el triunfo se halló indeciso, porque en ambas partes se peleaba con igual bravura, hasta que una brillante carga de bayoneta obligó á los filibusteros á buscar refugio en el manigual próximo. La noche había llegado demasiado pronto y se suspendió la batalla para el día siguiente.

Los oficiales contaban anécdotas de la niñez; casi todos aquellos valientes tuvieron en la infancia aficiones guerreras; el uno se divertía de pequeño organizando pedreas en las que no salían muy bien libradas las cabezas; otro perseguía por las calles del pueblo á los gatos de los vecinos y ponía p'tardos para asustar á los transeuntes, y así seguían enumerando las travesuras de los chicos revoltosos, en las que todos ellos habían tomado parte activa.

Cuando parecía debilitarse la conversación, salió del ángulo de la tienda una voz de timbre suave que pedía la palabra, al mismo tiempo que se aproximaba al corro un oficial muy joven, de inteligente y simpática fisonomía, cuyos ojos azules estaban impregnados de una dulce tristeza.

Todos enmudecieron; el oficial que iba á hablar pertenecía á una aristocrática familia, y aunque se ruborizaba por la menor causa, era pundonoso y valiente hasta la exageración.

Yo—dijo—no he tenido nunca aficiones militares; mi familia, que á decir verdad, favoreció á los carlistas más que á los liberales en nuestras guerras civiles, me educó en los principios severos de la religión.

De tal modo había penetrado en mi alma el sentimiento religioso, que á los ocho años sabía de memoria casi todos los evangelios de la misa latina y ocupaba gran parte de tiempo en oraciones fervorosas.

Mis padres veían con relativo agrado aquella devoción; era hijo único y no querían entregarme á la Iglesia, porque la familia se hubiera extinguido en mí.

Sin embargo, yo me inclinaba mucho al seminario; recuerdo que una noche me sorprendieron en mi habitación, de pie sobre una silla reclinatorio mirando al cielo con ademán profético. Había hecho un recorte de un viejo impermeable, y subiéndolo la capucha sobre mi cabeza, me ensayaba en la soledad imitando los gestos de los frailes predicadores.

Los oficiales, que le escuchaban con respetuosa atención, no pudieron aguantar la risa, y uno de ellos preguntó:

—Y ¿cómo pudo usted variar aquella vocación tan decidida?

—Voy á terminar—replicó;—así llegué hasta los diecisiete años sin que mis padres se atrevie-

ran á darme carrera, hasta que vino la mujer á destruir las ilusiones que constituían mi existencia.

Por esta época conocí una joven bellísima de quien me enamoré, olvidándolo todo; tenía cuatro años más que yo, y cuando parecía corresponderme aceptó las relaciones de un capitán de artillería, dispuesto al inmediato casamiento.

Entonces juré deslumbrarla para que viera hasta dónde podía llegar el *aspirante á curilla*, como ella decía; entré en la Academia de Toledo, y pedí voluntario el venir á la campaña, donde, como sabéis, he ganado los grados de primer teniente y de capitán. Hasta ahora me han respetado las balas, quizá porque la muerte no se atreve con los que llevan muerto el corazón.

Callaron todos ante aquel dolor sincero; el joven oficial de ojos azules tristes y fisonomía simpática, no había mencionado su hazaña de la mañana; acababa de ganarse por valiente la cruz de San Fernando subiéndolo el primero á las trincheras enemigas en el ataque á la bayoneta.

I. PÉREZ GUERRERO.

PERFILES

Después de la verbena

(Nota de cualquier color)

Manojos de ramaje, papeles retorcidos que se enlazan, banderas que se agitan á voluntad del viento; lámparas eléctricas que se denuncian entre aquella tupida techumbre multicolor, la banda que no deja de tocar, pueblo que bulle enloquecido, queriendo emborrachar en ficticio placer las negruras en que su vida se desarrolla, ansiando olvidar unas horas que el derecho á vivir lleva unida la ineludible obligación del sufrimiento.

Ocúltase la luna; quiébranse las grisáceas nubes para lanzar cataratas de agua, que turban el regocijo del pueblo, que decoloran, destrozándolos luego, aquellos *palacios* de papel en que la fantasía se sobrepone á la estética; destíñese la percalina confundiendo sus vivos tonos, descansa la banda, y allá, en medio del salón, queda un charco fangoso, inaccesible al parecer para los devotos de Morfeo, pero que no lo es en realidad, pues la indulgencia de las nubes hace renacer en ellos bríos y algazara y aprovechan los minutos que les quedan de goce.

La verbena se acaba. Con el primer rayo del sol, que los sorprende á unos hacinando maderos y papeluchos destrozados, á otros girando con frenesí, con insaciable locura, temerosos de ahogar aquella dicha ficticia que disimula las negruras en que su vida se desarrolla.

LUCIO.